

recibieron grave daño. Cuando los guerreros se reunían para defenderse, con el botín recogido y los bastimentos se tornó al real, después de medio día, si bien los indígenas vinieron peleando por el camino. (1)

Antes de salir á esta correría, con tres principales tomados prisioneros en la batalla anterior y los dos primeros mensajeros, D. Hernando envió nueva embajada á los señores de Tlaxcalla, para repetir el razonamiento de costumbre; que concierten en la paz, pues los blancos no quieren hacerles daño, pretendiendo únicamente el paso por sus tierras para ir á verse con Motecuhzoma; si de aquella vez no consienten en ser amigos, todos ellos serán destruidos. Los enviados fueron á la capital, y dieron el mensaje á los señores. Los cuatro nobles de la señoría no habían caído en desaliento todavía, si bien se les veía confusos por la mala suerte alcanzada en los combates. Por otra parte estaban perplejos, pues los extranjeros aparecían invencibles, invulnerables, ya que no se sabía recibiesen el menor daño, la tradición los proclamaba dioses y así lo aseguraban los cempoalteca; pero estaba en contradicción con no verles comer el corazón de las víctimas, el derrocar los teocalli de las divinidades, mirarlos vivían como los simples mortales, tener las debilidades comunes, codiciar el oro y los placeres.

Para salir de la incertidumbre recurrieron á la sabiduría de sus sacerdotes, hechiceros y adivinos. Reunidos, después de levantar la figura, declararon ser los extranjeros hijos del sol, del cual recibían fuerza y virtud; por consecuencia, de día, á la luz del astro radiante, eran esforzados é invencibles; mas dejaban de serlo en las tinieblas, durante las cuales se tornaban pusilánimes y débiles. Pareció bien la solución y fué adoptada. El senado facultó á Xicotencatl para asaltar el real durante la noche al frente de diez mil soldados. (2) Por absurda que aparezca la solución de papas y nigromantes, encerraba en el fondo algún poco de esperanza; presumimos no ser extraño el influjo de Xicotencatl en semejante medida. Pelear de noche era contra la costumbre militar, contra el derecho establecido; los tlaxcalteca habían combatido arduosamente durante la luz; las órdenes solas del general no hubieran sido obedecidas para pe-

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 52.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVI.

CAPITULO X.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

Correrías.—Embajada á la Señoría.—Consulta á los papas y hechiceros.—Embajada tlaxcalteca.—Cortés hace cortar las manos á cincuenta espías.—Inutilidad del asalto nocturno.—Expedición á Tzimpanzincó.—Otra embajada mexicana.—La señoría de Tlaxcalla se decide por la paz.—Resistencia de Xicotencatl.—Xicotencatl.—Embajada de los tlaxcalteca.—Paz con la república.—Ovación.—Entrada en Tlaxcalla.—Bautismo de los cuatro cabezas de la señoría.—Rumor en la tierra.—Regalo de Cortés.—Sumisión de Huexotzincó y de Ixtlilxochitl.—El Popocatepec.—Ascension de Diego de Ordáz.

El día 15 de Setiembre, siguiendo los cómputos de Cortés, al siguiente seis de Setiembre, salió del real á las primeras luces de amanecer con los caballos, cien peones y los indios aliados. Se comprende ser el intento amedrentar á los tlaxcalteca, esparcir el terror causando daño en la comarca. Dirigiéndose sin ser sentido á la llanura, quemó y destruyó hasta diez pueblos, alguno de ellos de más de tres mil casas, sin encontrar resistencia más de en una población cuyos habitantes

lear en la oscuridad; para probar fortuna en los combates nocturnos era indispensable una autorizacion, un mandato civil y religioso al mismo tiempo, á fin de no encontrar resistencia en los guerreros. En las tinieblas los tiros de la artilleria serian menos certeros, menos temible el movimiento de los caballos, se igualarian los golpes de las armas asestados al acaso.

El siete de Setiembre vinieron algunos mensajeros de Tlaxcalla á dar la respuesta pedida; presentaron al general algunos regalos y cinco esclavos, diciendo al general el más animoso: "Si eres dios de los que comen sangre é carne, cómete estos indios, é traerte he- mos más; é si eres dios bueno, ves aquí encienso é plumas; é si eres hombre, ves aquí gallinas é pan é cerezas." El marques siempre les dice: "Yo é mis compañeros hombres somos como vosotros; é yo mucho deseo tengo de que no me mintais, porque yo siempre os dicie verdad, é de verdad, os digo que deseo mucho que no seais locos ni peleéis, porque no recibais daño." (1) En estas relaciones presidía por ambas partes la mayor mala fé. Los señores de Tlaxcalla protestaban de su amistad, hechando la culpa de la guerra á los bárbaros otomies; Cortés apetecía ser ermano de los tlaxcalteca y el paso franco para ir á México, cargando la mano en la destruccion, cual si no hubiera otro camino para llegar á tierras del imperio.

Los dias anteriores, principalmente despues de algun combate, ventian algunos indios con pan de maiz ó tortilla, gallinas y cerezas; (2) presentábanlo á Cortés y le decían, les pesaba mucho le hicieran enojo en la tierra lo cual no era por voluntad suya, sino que la gente que peleaba era de otra nacion bárbara, moradora de unas montañas que mostraban con el dedo: terminaban siempre preguntando: "Qué daño han hecho estos bellacos en vosotros?" Don Hernando respondía, no recibir ellos mal alguno, si bien le pesaba del mucho daño por los contrarios recibido. (3) Aquella tarde vieron pasar los centinelas gente de guerra por un cerro no distante, y po-

(1) Relacion de Andrés de Tápa, apud. García Icazbalceta, pág. 569.—Gomara, Crón. cap. XLVII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXII.

(2) Las cerezas no eran fruta conocida entónces en México; traían capulines algo parecidos en la figura á la cereza.

(3) Relac. de Andrés de Tápa, pág. 567.

co despues se presentáron en el real hasta cincuenta hombres, trayendo como de costumbre algunos comestibles. Si los espías anteriores se habían portado disimulados, estos se pusieron á discurrir por el real, examinándolo todo como entre bobos y admirados. No caían en la cuenta los castellanos, más el cempoaltecatl Teuch, conocedor de las prácticas de guerra en Anáhuac, lo hizo notar á D. Hernando, advirtiéndole ser aquellos espías, y como hablaban recatadamente con los de Iztacmaxtitlan. D. Hernando se apoderó disimuladamente de uno de ellos, y amedrentándole supo por medio de los intérpretes Marina y Aguilar, como Xicotencatl estaba con gran cantidad de gente en unos cerros fronteros al real para dar aquella noche el asalto; porque decían no valerles nada pelear de dia, y querían probarse de noche á fin que los guerreros no témiesen los caballos, ni los tiros, ni las espadas; ellos habían venido á ver las entradas y salidas, con la manera de poner fuego á las chozas de ramas. Examinados uno tras otro, hasta seis, se conformaron en la respuesta, por lo cual reuniendo á todos les dijo: "Os he ya avisado siempre que conmigo hablais, que no me mintais, porque yo nunca os miento, é agora venis por espías y con mentiras" é hizo cortar las manos á los cincuenta, despidiéndolos con encargo de decir á Xicotencatl, viniese cuando quisiera, de dia ó de noche, pues siempre vería quienes los castellanos eran. (1)

Cortés tomó las disposiciones necesarias para rechazar el asalto; pero calculando acertadamente sería mejor salir al encuentro del enemigo alistó los jinetes, haciendo poner á los caballos pretales de cascabeles, más con objeto de reconocerse en la oscuridad, que de atemorizar á los indios. Listo estaba al ponerse el sol. Cerrando la noche, Xicotencatl con sus guerreros dejaron el escondite de los cerros, penetrando silenciosamente en la llanura, encubiertos por los maizales; creían no haber sido sentidos, y sin embargo las velas y escuchas habían ya comunicado la alarma en el real. Era una noche de luna, á cuya luz indecisa cargó la caballería con su acostumbrado denuedo; su vista inesperada llenó de terror á los tlaxcalteca

(1) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 53.—Gomara, Crón. cap. XLVIII.—Relacion de Andrés de Tápa, pág. 570.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII, escribe, sin duda para minorar la impresion de esta crueldad: "mandó cortar las manos á siete de ellos, y á algunos los dedos pulgares, muy contra su voluntad, parecien do, que para lo de adelante así convenia"

resistieron poco, dándose prontamente á huir por entre los sembrados, no sin ser perseguidos y recibiendo algun daño. Pocos llegaron hasta el real, fácilmente rechazados y puestos en fuga. (1)

Semejante malaventura fué natural. No por una disposicion ni en una sóla vez se arranca una costumbre inveterada, una supersticion arraigada. Ademas la prediccion de los papas y adivinos habia salido absolutamente falsa, pues los blancos estaban dispuestos á pelear también de noche. Así, los guerreros quedaron asombrados, desmayaron conforme se vieron encima á los fuertes y vengativos dioses. Siguióse entónces mayor perjuicio de las creencias religiosas que de la derrota. Los hombres blancos crecieron mucho en la vulgar estimacion del populacho, y como por los errores públicos paga de continuo el más flaco, dos de los desdichados nigromantes fueron sacrificados á Camaxtle. Los castellanos sacaban ventajas de los desaciertos de los indígenas.

Como de costumbre, despues de aquella victoria despachó Cortés nuevos mensajeros á Tlaxcalla; más conformándose en cierta manera á los usos de los indios, al darles el constante recado de paz con protestas de amistad y amenazas, les entregó una carta y una saeta, dando á entender con ello á la señoría escogiera definitivamente entre la paz y la guerra. (2) Pasáronse ciertos dias sin hacer cosa notable, fuera de constantes correrías en los alrededores del cerro para perseguir y desbaratar las partidas de otomíes que se presentaban, ya para provocar gritando, ya para trabar alguna escaramuza. (3)

Don Hernando vivía en el teocalli, y de noche cuando no dormia registraba la campiña con la vista, para observar si habia lumbres indicantes de alguna poblacion; así descubrió por el dia ciertos humos grandes, á unas cuatro leguas del real, junto á una sierra en la cual aparecía haber mucha gente. Una noche, despues de rondada la guarda de prima, dejó el real al frente la caballería, cien peones y los indios amigos, tomando el rumbo hácia los peñoles. Caminada una legua, subitamente se derribó un caballo al suelo sin poderse menear; avisado Cortés, dijo: "Pues vuélvase su dueño con él al

(1) Cartas de Relac. pág. 54.—Bernal Díaz, cap. LXVI.—AA. cit.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(3) Cortés, en Lorenzana, pág. 54. Como se advierte seguimos de preferencia la relacion de Cortés, teniendo en cuenta el orden de los sucesos omitidos por él.

real." Respondió la misma frase al caer de idéntica manera el segundo caballo; los soldados le observaron: "Señor, mira que es mal pronóstico, é mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por "do vamos," El dicie: ¿Por qué mirais en agüeros? No dejaré la "jornada, porque se me figura que de ella se ha de seguir mucho "bien esta noche, é el diablo por lo estorbar pone estos inconvenientes." Cayó también al suelo el caballo de D. Hernando; más aunque hicieron alto por un rato, siguieron adelante con las cabalgaduras del diestro. (1) Por fortuna los caballos quedaron buenos á poco tiempo; acometidos ligeramente de torozon por alguna yerba que comieron, segun creemos, lo atribuyeron los castellanos á hechicería, pues en aquella época, blancos é indios, en esta materia adolecian de las mismas supersticiones.

Perdido el tino en la oscuridad, dieron en un pedregal del cual con dificultad salieron; divisaron la lumbre en una choza, en la cual se apoderaron de dos mujeres, y como en seguida aprisionaran dos hombres, estos les sirvieron de guías. "Y ántes que amaneciese "dí sobre dos pueblos, en que maté mucha gente. Éi no quise "quemar las casas, por no ser sentido con los fuegos de las otras "poblaciones, que estaban muy juntas." (2) Al amanecer cayeron sin ser sentidos sobre Tzimpantzinco, lugar de hasta veinte mil casas; los castellanos penetraron por las calles haciendo estrago en los sorprendidos habitantes, quienes huían desnudos, así como las mujeres y los niños, lanzando lastimeros gritos: los principales y los ancianos se presentaron á pedir el fin de la matanza, arrojando las armas en señal de paz los pocos que las habian tomado. Dijeron, no haber ocurrido en amistad al real por impedirlo Xicotencatl; mas que ellos quieren ser amigos de los castellanos, en señal de lo cual les suministrarían víveres. En efecto, sacaron á los blancos cerca de una fuente en donde les dieron abundante comida, acompañando en seguida á los blancos conduciendo buena cantidad de vituallas. Don Hernando encargó á los papas y principales dijieran á los señores de las cuatro cabeceras cómo habian sido tratados, proponiéndoles dejaran una guerra para ellos tan costosa y concertaran la paz. (3)

(1) Relacion de Andrés de Tápia, pág. 568.

(2) Cortés relaciones, pág. 54.

(3) Bernal Díaz, cap. LXVIII.—Gomara, Crón. cap. L.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIII.

Subido Cortés en una altura descubrió grandes caseríos y preguntando cuáles eran le respondieron, la ciudad de Tlaxcalla; llamó á los soldados y dijo tranquilamente: "Ved, qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí." Volviéndose entonces al alcalde mayor Alonso de Grado le preguntó: "Atenta la muchedumbre de gente ¿qué os parece se debe hacer?"—"Retirarnos á la costa, respondió Grado, y escribir á Diego Velázquez nos envíe socorro, porque si sobreviene algun accidente ó enfermamos seremos comidos por los indios." Aquella respuesta, eco de los pensamientos de muchos en el real, no debió sonar bien á los oídos de Don Hernando, quien disimulando la flaqueza se contentó con replicar: "Advertid que retirándonos las mismas piedras serán contra nosotros, y si nuestra muerte es cierta, mejor es acabar llevando nuestro intento adelante, que no huyendo." (1) Los expedicionarios fueron recibidos en el real con gran júbilo, pues por haber visto volver los dos jinetes temían hubiera sucedido alguna desgracia.

Aunque la victoria coronaba los estandartes castellanos, costaba una parte del efectivo de las tropas lo ya ejecutado; poniendo espanto aun en los más briosos lo que de la empresa restaba por rematar. Habían sucumbido sobre cincuenta y cinco hombres; de quienes sobrevivían, la mayor parte estaban heridos; doce estaban dolientes de enfermedades, entre ellos Fr. Bartolomé de Olmedo y el mismo Cortés adolecía de calenturas: (2) sobraba la comida, es verdad, más faltaba sal para condimentarla y escaseaban los vestidos. El continuo pelear, traer las armas siempre puestas, rondas y vigiliadas habían agotado las fuerzas de los más robustos. El disgusto y las murmuraciones se propagaron en el real. Muchos soldados en corrillos y pláticas se mostraban místios y desalentados. Estando de vela Don Hernando oyó decir dentro de una choza: "Si el general es loco y se mete en donde nunca podrá salir, no lo seamos nosotros, volvámonos á la mar y si él quiere venir con nosotros, bien; mas si no, le dejaremos." Casi públicamente le llamaban Pedro Carbonero, que les había metido en donde nunca podrían salir. (3) Llegó

(1) Relacion de Andrés de Tápia, pág. 568.—Gomara, Crón. cap. L.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. VIII.

(2) Bernal Díaz, cap. LXVI.

(3) Cartas de Relac. pág. 55.—"Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros, á hacer salto, se había quedado allá muerto, con todos los que con él fueron." Gomara, Crón. cap. LI.

el atrevimiento hasta meterse siete personas en la posada de Cortés, para hacerle presente la dificultad de la empresa, el corto número de los blancos, la inmensa muchedumbre de los contrarios, las pérdidas sufridas; parecía acertado tornarse á la Villa Rica á esperar re fuerzas, pues con los elementos actuales la conquista era imposible. Respondióles mansamente Cortés recordándoles la buena fortuna que hasta entonces los había acompañado, la confianza que en Dios debían tener, pues por su causa combatían; haciéndoles notar, que retrocediendo, en lugar de tenerlos por dioses les mirarían como cobardes y de pocas fuerzas, sus propios aliados se mostrarían contra ellos por temor de Motecuhzoma. Los quejosos insistieron en sus argumentaciones, hasta que Don Hernando algo enojado respondió, más valía vivir por buenos que morir deshonorados; é interviniendo los amigos del general le dijeron en altas voces no hiciera caso de corrillos ni pláticas, sino dispusiese lo que juzgara conveniente y todos ellos obedecerían. (1)

Los aliados acostumbrados á la obediencia ciega y pasiva no mostraban temor alguno. Consultado por Cortés el jefe cempoaltecatl Teuch le respondió: "Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fui á México, y soy experimentado en las guerras, é conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres é no dioses, é que habeis hambre y sed y os cansais como hombres; é hágote saber que pasado de esta provincia hay tanta gente, que pelearan contigo cien mil hombres agora, y muertos ó vencidos estos vernán luego otros tantos, é así podrán remudarse ó morir por mucho tiempo de cient mill en cient mill hombres, é tú é los tuyos, ya que seais invencibles, morireis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres, é yo no tengo más que decir de que mireis en esto que he dicho, é si determináredes de morir, yo iré con vos." (2) Verdadero valor es, reconocer la magnitud del peligro y querer arrostrarle.

Pide la justicia declarar, que en aquellas circunstancias Don Hernando se mostró muy grande. Evidentemente su resolución no dimanaba de ciega tenacidad; dentro de él debía haber un impulso su-

(1) Bernal Díaz, cap. LXIX.

(2) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 571.

perior para empujarle adelante; una voz secreta le hacía cerrar los oídos á todo consejo. Para nosotros, impulso y voz venían de la fé en su causa, de la fé productora de verdaderos milagros en la humanidad: veía en el cielo la estrella cintilante que condujo á Colon á lo largo del inmenso y tenebroso Océano.

Sin duda la situación de los castellanos era apurada; permanecer indefinidamente en el cerro no hubiera sido acertado, y tampoco era cuerdo bajar á la llanura en busca de batallas en campo abierto. Una de las multiplicadas ineptias de Motecuhzoma los sacó del embarazo. Aquel monarca, al ver penetrar á los blancos en el territorio de Tlaxcalla, se haría este cálculo sencillo; si los invasores vencían á los tlaxcalteca, ganaba el imperio en la destrucción de sus enemigos; si lo contrario acontecía, los importunos teules no tendrían ya ocasión de ir á México. Informado constantemente por sus espías, supo de las victorias de los españoles sin inquietarse por ello, más informado de los pensamientos de la señoría para hacer la paz, entró en gran cuidado, pues la alianza uniendo las fuerzas de sus contrarios los hacía mucho más temibles. A fin de evitarlo reunió en concejo á las personas principales del imperio; Cuitlahuac, señor de Itzpalapan, opinó mandar embajadores á Cortés con un gran presente, pidiéndole su amistad y rogándole no pasase á México por haber en ello inconvenientes; Cacama fué del parecer de siempre, recibir con todo decoro en la ciudad á los extranjeros. Divididos los pareceres, Motecuhzoma adoptó el de el señor de Itzpalapan, á la verdad no muy acertado, si bien introduciendo una mala variante; en consecuencia se dispuso nueva embajada. (1)

No bien apaciguadas las murmuraciones en el real, llegaron seis principales nobles méxica con doscientas gentes de servicio; con las ceremonias á su usanza, saludaron á Cortés, presentándole un regalo de hasta mil pesos de oro en polvo, igual número de piezas de ropas de algodón, joyas de valor y plumas de valía. El más anciano tomó la palabra, diciendo le saludaba de parte de Motecuhzoma, quien le mandaba la enhorabuena por sus victorias contra los tlaxcalteca; quería el emperador ser amigo del bravo capitán y reconocerse por vasallo del gran rey á quien servía, á cuyo efecto le mandaba aquel presente y le mandaba preguntar con cuál cantidad

(1) Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

y en qué objetos debería pagar cada año el tributo; pero que le suplicaba no fuese á México, porque siendo la tierra estéril, el camino áspero y peligroso quería evitar le sucediese algún daño. Tomó el presente Don Hernando y agradeció el recado, haciendo muchos halagos y demostraciones de amistad á los embajadores, á quienes sin embargo no dió por entonces respuesta, reteniéndolos á su lado, mientras se desenlazaban los tratos con la república. Los embajadores habían tomado por la vía de Huexotzinco, y sea que éstos los patrocinaran ó les fuera salvaguardia su respetado carácter, ellos no encontraron contradicción por parte de los tlaxcalteca hasta penetrar en el real. Más según lo mejor averiguado, aquel mismo día, como en desafío á los méxica, Xicotencatl cargó deonadamente con tres escuadrones de guerreros sobre el real, haciendo prodigios de valor por salir airoso. Don Hernando, atacado de calenturas, había tomado un purgante, no obstante lo cual dada la alarma montó á caballo, se puso al frente de los jinetes, y ayudado por los peones rechazó el asalto. (1) Xicotencatl se retiró á su campamento, ménos resentido de sus pérdidas, que despechado por haber sido vencido en presencia de los méxica.

Mientras esto pasaba, los emisarios de D. Hernando, enviados con la carta y la saeta, se presentaron á Maxixcatzin y Xicotencatl, ante los cuales expusieron su encargo. Aquellos señores convocaron á los otros dos de la señoría, á los principales capitanes y aún á sus amigos de Huexotzinco. Reunida la junta, Maxixcatzin, desde el principio ardiente partidario de los extranjeros, se decidió por la alianza con los hombres blancos, tomando pié de las desgracias acontecidas para esforzar sus primitivas argumentaciones: de nada había servido combatir á los teules de día ni de noche, por el contrario, aquellos seres eran poderosos á causar daño, mostrándose siempre invencibles é invulnerables; trataban con humanidad á los prisioneros, y en vez de matarlos los ponían libres; quitaron á los totonaca del yugo de Motecuhzoma, y ahora pretenden ser amigos de Tlaxcalla para defenderla de aquel su cruel y encarnizado enemigo: inmensas ventajas deberían seguirse de la amistad con los teules, mientras de continuar combatiéndoles sólo se alcanzaría la

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 60.—Bernal Díaz, cap. LXXII.—Gomara, Crón. cap. XLIX.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

muerte de los ciudadanos y la destrucción de la señoría. (1) Estas razones pesaron tanto en el ánimo de los pusilánimes, que fue resuelta la paz.

En consecuencia, cuatro principales pasaron al campamento de Xicotencatl, el mozo, á ordenarle, de parte de la señoría, se abstuviese de proseguir la guerra. El intrépido general se negó abiertamente á acatar el mandato, y enojado, maltrató de palabra á los emisarios: ya he muerto, les dijo, un caballo (2) y á muchos teules: en otra batalla que de noche les dé, lograré vencerlo y matarlos. Los cuatro desairados nobles tornaron con aquella respuesta al consejo, la cual dió tanto enojo á los cuatro señores, principalmente á Maxixcatzin y á Xicotencatl el viejo, que mandaron intimar á todos los capitanes del ejército no obedeciesen á su general en cosas de pelear. Aquella segunda orden resistió como la primera, y aún retuvo en su campamento á los nobles enviados, evitándoles fuesen á demandar la paz. (3)

Verificóse entonces la expedición á Tzimpantzinco, y los del pueblo, que habían traído bastimentos al real, con promesa de seguir suministrándolos, lo avisaron á Xicotencatl; quien los riñó fuertemente, afeándoles la acción. Los papas y principales se dirijieron entonces á la señoría; informados los cuatro principales de la conducta observada por los blancos, en lo relativo á no matar los prisioneros, y teniendo en cuenta la determinación tomada para hacer paces, mandaron á los de Tzimpantzinco llevaran diariamente al real cuantos víveres se hubiesen menester. (4) Contrariando esta determinación, dió Xicotencatl el asalto al real, en el cual tan mal despacho alcanzó.

“Era este Xicotenga, alto de cuerpo, y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta, y era hasta de treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona “gravedad.” (5) Esta noble figura, maltratada en la pluma de algunos escritores, merece de toda justicia detenerse un poco en su

(1) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(2) Los méxica llamaban al caballo *macatl*, venado, y también *tlaxcalotl*, danta ó anta. Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(4) Bernal Díaz, cap. LXVIII.

(5) Bernal Díaz, cap. LXXIII.—Cortés le llama Sicutengal.

presencia. Él sólo, en todo su pueblo, se mostró patriota, manteniéndose firme contra los invasores; logró con su valor detener por algunos días la carrera victoriosa de los blancos, y cesó de combatir cuando no tuvo quien le acompañara al combate. Derrotado de continuo, no conoció el desaliento, volviendo á la pelea con doblado entusiasmo. Heróicos eran los civilizados acometiendo la inmensa muchedumbre que los rodeaba; pero mayor y de mejor temple era la heroicidad del bárbaro, luchando contra la fortuna, la debilidad de sus compatriotas, contra los dioses invencibles y sus abrasadores rayos. Libre de las preocupaciones vulgares, leyó en el porvenir las desgracias que á su patria amagaban y quiso conjurarlas; loables y meritorios fueron sus inútiles esfuerzos; si la fama no les ha pregonado cual debiera, es que la complaciente deidad sólo alaba á los triunfadores.

La última derrota, y sobre todo la presencia de los embajadores méxica en el real de los castellanos, apresuraron á la señoría á concluir la proyectada paz, y vencieron la obstinada resistencia de Xicotencatl; temieron que los extranjeros estrecharan sus relaciones con Motecuhzoma, en lo cual debía empeorar la situación de Tlaxcalla, y se adelantaban á evitarlas, negociando por su propia cuenta. A fin de dar mayor seguridad á los invasores, fué nombrado Xicotencatl como embajador principal; excusóse al principio, más aceptó al cabo, urgido por los señores del consejo. (1)

Cuando no se esperaba, presentóse en el real Xicotencatl, seguido de hasta cincuenta nobles principales, llevando las mantas por mitad blancas y rojas, divisa de la casa del general indio. Los méxica concibieron grande enojo al ver llegar á sus odiosos enemigos, y no fué menor el coraje en los tlaxcalteca. Atempanecatl, principal embajador de Motecuhzoma, se acercó al noble de Tlaxcalla, llamado Tolimpanecatl y le dijo: “¿A qué vienes aquí? ¿Qué embajada es la que traes? Quiero saber de ello, y ¿sabes á quién se la traes? ¿Es tu igual para que lo recibas con las armas acostumbradas de la profanidad de la milicia?” y no respondiéndole palabra, prosiguió el embajador de Motecuhzoma diciendo: “Quién tiene la culpa de las desvergüenzas y contiendas que ha habido en Huitzilhuacan, Tepatlaxco, Tetxmolocan, Teotlalzinco, Tepetzinco,

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

“Ocotepec, Tlamacazquiac, Atlmoyahuacan, Cecalacoyan, y en todo el contorno hasta Cholollan? Veamos lo que vas á tratar con Cortés, que quiero verlo y oirlo.” A todo esto había estado presente Marina, y así el embajador de la señoría de Tlaxcalla, volviendo á ella los ojos le dijo: “Quiero en presencia de nuestro padre y señor, el capitán Cortés, responder á mi deudo el embajador mexicano.” Marina le respondió: “Proseguid en vuestras demandas y respuestas,” y así volviéndose al embajador mexicano le dijo: “¿Teneis más que decir?” El cual respondió: “Harto he dicho, sólo quisiera ver vuestra demanda” El cual le respondió: “No tienes razón, sobrino, de tratar tan mal á tu patria y señoría de Tlaxcalla, y mira que nadie te da en rostro con las tiranías que has hecho en alzarte con los señoríos ajenos, comenzando desde Cuitlahuac y prosiguiendo por la provincia de Chalco, Cuauhquechollan, Itzocan, Cuauhtinchan, Tecamachalco, Tepeyacac y Cuextilan, hasta llegar á la costa de Cempoalla, haciendo mil agravios y vejaciones, y desde el un mar al otro; sin que nadie os lo dé en cara ni estorbe; y que por vuestra causa, por vuestras traiciones y dobleces, por tí haya aborrecido mi sangre el huexotzincatl, causando todo del temor de vuestras tiranías y traiciones, sólo por gozar espléndidamente el vestido y la comida. Ten vergüenza, no quieras vengar tus pasiones con mano ajena, y si quieres tener algun litigio, sal sólo al campo conmigo, que yo pondré la cabeza para que ejecutes tu venganza, sin valerme de nadie, que no me da miedo la muerte. Y en lo que dices, que recibí con las armas al capitán Cortés tu amigo, respondo, que los que salieron de Zaxochitlan, Teocalhueyocan, Cuahuacan y Mazahuacan, huyendo de tí, vinieron á parar á mis tierras y fueron los que le hicieron guerra al capitán Cortés, y ahora le llevaré sobre mis espaldas y le serviré.” (1) Así se desataban los odios de aquellos pueblos rivales, en perjuicio de la causa comun.

Xicotencatl venía en su traje guerrero, más dispuesto en apariencia á lanzar un reto, que á proponer la sumision. Recibido con agasajo por Cortés, le llevó á su aposento, en donde estando ambos sentados y los demas en pié, el embajador entregó un pobre presente en joyas y mantas, algunos mancebos que debían servir de rehenes,

(1) Ixtlixochitl, Hist. Chichim. cap. 83. MS.

y tomando la palabra con voz reposada dijo: ser general de las tropas de la república y quien había hecho la guerra en defensa de la patria, pensando que los castellanos eran amigos de Motecuhzoma, de quien ellos habían recibido continuados daños, pues si carecían de oro y piedras ricas, de algodón y aun de sal para sus alimentos, provenía de estar cercados por los méxica; en nombre de Maxixcatzin y de la señoría, se presentaba á ajustar una paz segura y duradera, garantes de la cual son los rehenes que presenta: para mortificar á los méxica que le escuchaban, se difundió en cargos contra el emperador Motecuhzoma y los culhua, gente que no descansaba, ni á nadie dejaba en sosiego, y pues la república nunca sufrió el yugo de México, ni otro alguno extraño, ahora que venía á poner sus libertades en manos de D. Hernando, las mantuviera, y defendiera las familias de los ultrajes de los azteca. Cortés respondió, que ellos tenían la culpa del daño recibido; él se había entrado por su tierra pensando eran sus amigos, como los cempoalteca se lo habían certificado, y no obstante haberles enviado mensajeros para pedirles su amistad, ellos le habían hecho la guerra, y habiendo venido sobre seguro; le saltaron en el camino matándole dos caballos é hiriéndole otros. (1) Rogóle Xicotencatl fuera á aposentarse á la ciudad, “y tornó Cortés á decir algo más áspero de las guerras que nos habían dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos que sean firmes y que no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá á su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra.” (2) En suma, D. Hernando se dió por agraviado; dando á entender al admitir la sumision de Tlaxcalla, que más era magnanimidad suya, que cosa por él ansiada y pretendida.

Ajustada la paz, mejor dicho, la sujecion de la república, Xicotencatl se retiró, llevando para sí y los de la señoría, cuentas de vidrio verdes y azules, regalo del vencedor. Los embajadores de Motecuhzoma dijeron entónces á Cortés, no creyese en los ofrecimientos de los tlaxcalteca, pues todo era burla, mentiras y traiciones;

(1) Cartas de Relac. pág. 56--57.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXIII.—Oviedo, lib. 33, cap. III.—Gomara, Crón. cap. LIII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.